

libro al viento



UNA CAMPAÑA
DEL INSTITUTO
DISTRITAL
DE CULTURA
Y TURISMO



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.
Instituto Distrital
CULTURA Y TURISMO
Secretaría
EDUCACIÓN

Bogotá sin indiferencia



Rudyard Kipling

CUENTOS DE ANIMALES



Alcaldía Mayor de Bogotá

Instituto Distrital de Cultura y Turismo
Secretaría de Educación Distrital

Rudyard Kipling

C U E N T O S
D E
A N I M A L E S

ILUSTRACIONES DE OLGA CUÉLLAR

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.
Instituto Distrital
CULTURA Y TURISMO
Secretaría
EDUCACIÓN

Bogotá sin indiferencia

Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Instituto Distrital de Cultura y Turismo

Martha Senn
DIRECTORA

Roberto Salazar Segura
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda
GERENTE DE LITERATURA

Secretaría de Educación del Distrito

Abel Rodríguez Céspedes
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Alejandro Álvarez Gallego
SUBSECRETARIO ACADÉMICO

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Reproducido por gentil autorización de Panamericana

© de esta edición, agosto de 2004: Alcaldía Mayor de Bogotá

Instituto Distrital de Cultura y Turismo
www.idct.gov.co

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción
total o parcial sin permiso del editor

ISBN 958-8232

Asesora editorial: Margarita Valencia Vargas

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

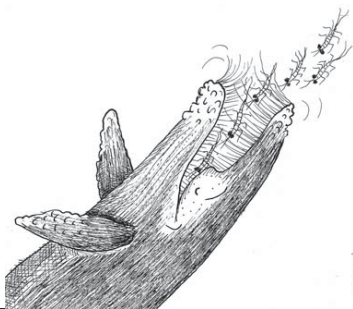
Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Cargraphics. Hecho en Colombia

CONTENIDO

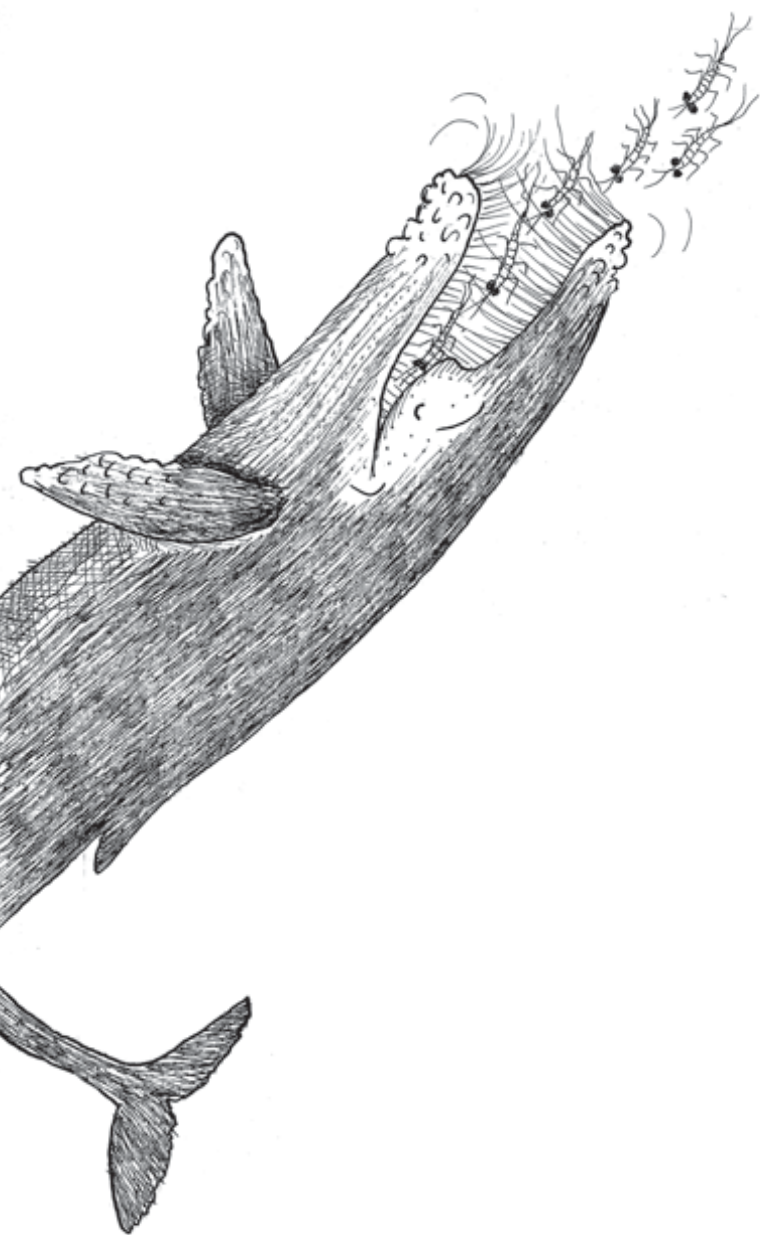
De cómo le salieron las barbas a la ballena	11
De cómo al dromedario le salió la joroba	19
De cómo al rinoceronte se le arrugó la piel	27
De cómo el leopardo obtuvo sus manchas	35
El elefantito	53
El origen de los armadillos	69







CUENTOS
DE
ANIMALES



DE CÓMO LE SALIERON LAS BARBAS A LA BALLENA

Hubo una vez en el mar, querido niño, una ballena que comía toda clase de peces. Se comía al pez espada y al pez raya, al pez estrella y al pez garfio, al pez martillo y a su amigo el pez ballesta y a la rémora, a las platijas, a los cangrejos, y a la verdadera y singular anguila de giros y vueltas. A todos los peces que pudiera encontrar en el mar se los engullía con una boca, ¡así! Hasta que al final sólo quedó en todos los mares un pececillo extremadamente astuto, que decidió nadar exactamente detrás de la oreja derecha de la ballena, para quedar fuera de peligro. Entonces, la ballena se levantó sobre su cola y exclamó:

—Tengo hambre.

A lo que el astuto pececillo respondió con su astuta vocecilla:

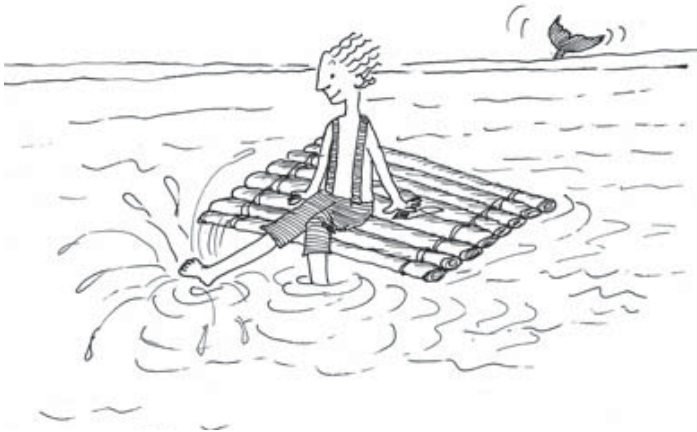
—¿Nunca ha probado usted al hombre, noble y generoso cetáceo?

—No —replicó la ballena—. ¿A qué sabe?

—Muy sabroso —respondió el astuto pececillo—. Sabroso, aunque algo nudoso.

–Entonces ve y tráeme algunos –dijo la ballena, levantando oleadas de espuma con su gran cola.

–Con uno para empezar es suficiente –replicó el astuto pececillo–. Si nadas hacia los 50° de latitud norte y 40° de longitud oeste (esto es magia) encontrarás, sentado en una balsa, en medio del océano, vistiendo sólo unos pantalones de dril azul, unos tirantes (no debes olvidar los tirantes, querido niño) y una navaja, a un marinero náufrago; quien, es justo advertirte, es un hombre sagaz y de infinitos recursos.



Entonces la ballena nadó y nadó hacia los 50° de latitud norte y 40° de longitud oeste tan rápido como pudo nadar y sobre una balsa, en medio del océano, sólo con unos pantalones de dril azul, unos tirantes (debes recordar particularmente los tirantes, querido niño) y una navaja, encontró a un solitario marinero náufrago que arrastraba los dedos de los pies en el agua. (Su mamá le había dado permiso para hacerlo o de lo contrario nunca lo hubiera hecho, ya que era un hombre sagaz y de infinitos recursos.)

La ballena abrió y abrió sus fauces, tanto que la nariz casi le tocaba la cola, y se tragó al marinero náufrago, y la balsa en la que estaba sentado, y sus pantalones de dril azul, y los tirantes (que no debes olvidar), y la navaja, todo fue a dar de un solo bocado a sus oscuras y cálidas alacenas interiores. Luego se relamió los labios y dio alegremente tres vueltas sobre su cola.

Pero tan pronto como el marinero, hombre sagaz y de infinitos recursos, descubrió que estaba dentro de las oscuras y cálidas alacenas interiores de la ballena, empezó a dar brincos y saltos, puños y cabezazos, resortó y bailó, golpeó y arañó, hirió y mordió, brincó y gateó, chilló y maldijo, lloró y suspiró, giró y zapateó, pellizcó e hizo piruetas, todo ello en los sitios más inapropiados,

logrando finalmente que la ballena se sintiera realmente infeliz. (¿Has olvidado los tirantes?)

Y la ballena le dijo al pececillo:

–Este hombre es realmente insoportable, y además me está produciendo hipo. ¿Qué debo hacer?

–Ordénale que salga –replicó el astuto pececillo.

Entonces la ballena, con una voz ronca que descendió por su esófago hasta el marinero náufrago, le ordenó:

–Sal de allí y compórtate, porque me estás haciendo dar hipo.

–No y no –dijo el marinero–. No hasta que me lleves a mi tierra natal, la blanca y escarpada Albión, y entonces allí lo pensaré –y comenzó a danzar más que nunca.

–Es mejor que lo devuelvas a su casa –susurró el astuto pececillo a la ballena–. Creo haberte advertido que es un hombre sagaz y de infinitos recursos.

Entonces la ballena nadó y nadó y nadó, con sus dos aletas y su cola, tan velozmente como el hipo se lo permitía; y al fin avistó la costa natal del marinero, la blanca y escarpada Albión, y avanzó sobre la playa, abriendo sus fauces tanto, tanto, tanto como le fue posible, y dijo:

—Trasbordo para Winchester, Ashuelot, Nashua, Keene, y estaciones de la línea Fitchburg.

Justo al decir “Fitch”, el marinero salió disparado de sus fauces. Mientras la ballena nadaba, el marinero, que era realmente un hombre sagaz y de infinitos recursos, había estado cortando la balsa con su navaja hasta convertirla en una pequeña reja entrecruzada, que luego ató fuertemente con sus tirantes (¡ahora entiendes por qué no podías olvidar los tirantes!). Hecho esto, acuñó fuertemente la reja dentro de la garganta de la ballena y la dejó atascada allí. Luego recitó el siguiente *sloka*, que procederé a recitar porque no lo has escuchado antes:

Mediante ese truquito

Controlaré su apetito.

Porque el marinero era un hi-ber-nia-no. Saltó a la playa pedregosa y se apresuró a llegar a casa de su madre, quien le había dado permiso para chapotear en el agua, y se casó y vivió feliz por muchos años. También lo hizo la ballena, pero desde entonces la reja en su garganta, que no puede escupir ni tragar, le impide comer nada que no sean peces muy, muy pequeños. Y ésta es la razón por la cual la ballena hoy en día no

puede devorar ni hombres, ni muchachos, ni niñas.

El astuto pececillo corrió a esconderse bajo el limoso umbral del Ecuador. Tenía miedo de que la ballena se pusiera furiosa con él.

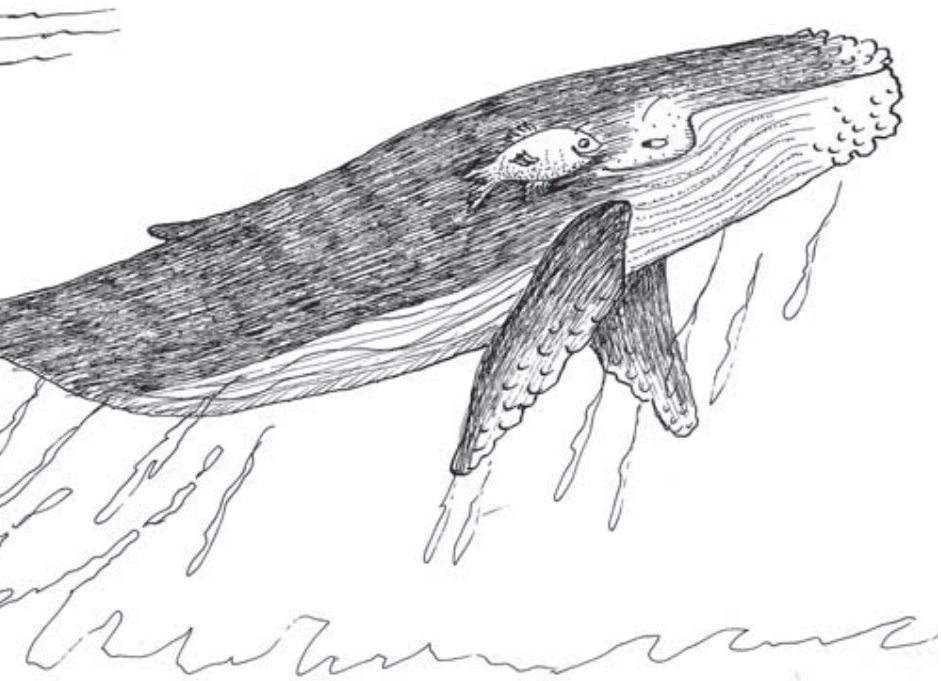
El marinero volvió a casa con su navaja y siempre usaba sus pantalones de dril azul cuando salía a caminar por la playa pedregosa. Dejó los tirantes atrás, verás, para sostener la reja con ellos; y aquí hemos llegado al final de este cuento.

*Quando los ojos de buey se
tornan verdes oscuros
Porque afuera están los mares;
Quando el barco un tumbo y un
tambo da
Y el cocinero se cae en la olla,
Y los baúles vienen y van;
Quando la nana yace en el piso
como un bulto,*



De cómo le salieron las barbas a la ballena

*Y mamita te dice que la dejes dormir,
Y tú no te has levantado, ni bañado, ni vestido,
Entonces sabrás (si es que aún no lo has adivinado)
¡Que te encuentras a 50° al norte y 40° al oeste!*





DE CÓMO AL DROMEDARIO LE SALIÓ LA JOROBA

Cuenta este cuento, el siguiente, cómo al dromedario le salió la enorme joroba. Al principio de los tiempos, cuando el mundo era joven y todo y los animales apenas comenzaban a trabajar para el hombre, había un dromedario que vivía en medio del bostezante desierto por que no quería trabajar. Y además, él mismo era un bostezador. Así pues, se la pasaba comiendo espinas, palitos, ramitas y algodoncillos como un insoportable holgazán. Cada vez que alguien le hablaba se limitaba a responder: “No jorobes”, sólo “no jorobes” y nada más. Entonces llegó el caballo, un lunes en la mañana, con una silla de montar en el lomo y un freno en la boca, y dijo:

– Dromedario, dromedario, ven y trota como el resto de nosotros.

–No jorobes –dijo el dromedario; y el caballo se alejó y fue a contarle al hombre.



Entonces vino el perro con un palo en la boca y dijo:

– Dromedario, dromedario, ven y atrapa y lleva cosas como el resto de nosotros.

– No jorobes –replicó el dromedario; y el perro se alejó y fue a contarle al hombre.

Entonces vino el buey con el yugo al cuello y dijo:

–Dromedario, dromedario, ven y ara como el resto de nosotros.

–No jorobes –dijo el dromedario; y el buey se alejó y fue a contarle al hombre.



Al final del día el hombre llamó al caballo, al perro y al buey y les dijo:

–Ustedes tres, ay, lo lamento mucho por ustedes (siendo el mundo tan joven y todo) pero esa cosa jorobetas en el desierto no está hecha para trabajar, o ya estaría aquí, así que la dejaré en paz, pero ustedes tres tendrán que trabajar el doble para reemplazarlo.

Esto enfureció a los tres (siendo el mundo tan joven y todo) y llevaron a cabo una discusión y una conferencia y un concilio y un congreso indio, un *pow-wow*, en los límites del desierto. El dromedario, que por allí pasaba y venía rumiando hierbajos como un insupportable holgazán, se burló de ellos. Luego dijo “no jorobes” y se alejó de nuevo.

En ese momento pasó por allí el genio encargado de todos los desiertos, envuelto en una nube de polvo (los genios siempre viajan así, porque así es la magia) y se detuvo a conversar y a conferenciar con los tres.

–Genio de todos los desiertos –dijo el caballo–, ¿es justo que uno de nosotros sea tan holgazán en este mundo tan joven y todo?

–Por supuesto que no –respondió.

–Bueno –prosiguió el caballo–, hay en la mitad de tu bostezante desierto (y él mismo es un ser bostezador)

un animal con un cuello largo y unas patas largas que desde el lunes en la mañana no ha querido trabajar por ningún motivo. No quiere trotar.

–*Fuih* – dijo el genio silbando–. ¡Por todo el oro de Arabia, este debe de ser mi dromedario! ¿Y qué dice?

– Sólo dice “no jorobes” –replicó el perro– y no quiere atrapar ni llevar nada.

–¿No dice nada más?

–Sólo “no jorobes”. Y tampoco quiere arar –añadió el buey.

–Muy bien –dijo el genio–. Yo lo jorobaré, si ustedes son tan gentiles de esperar un minuto.

El genio se envolvió en su manto de polvo, y tomó un sendero a través del desierto hasta encontrar al dromedario en su habitual actitud insoportablemente holgazana, contemplando su propio reflejo en un charco de agua.

–Mi largo y baboso amigo –dijo el genio, ¿qué es esto que oigo sobre ti, que no trabajas para este mundo tan joven y todo?

–No jorobes –respondió el dromedario.

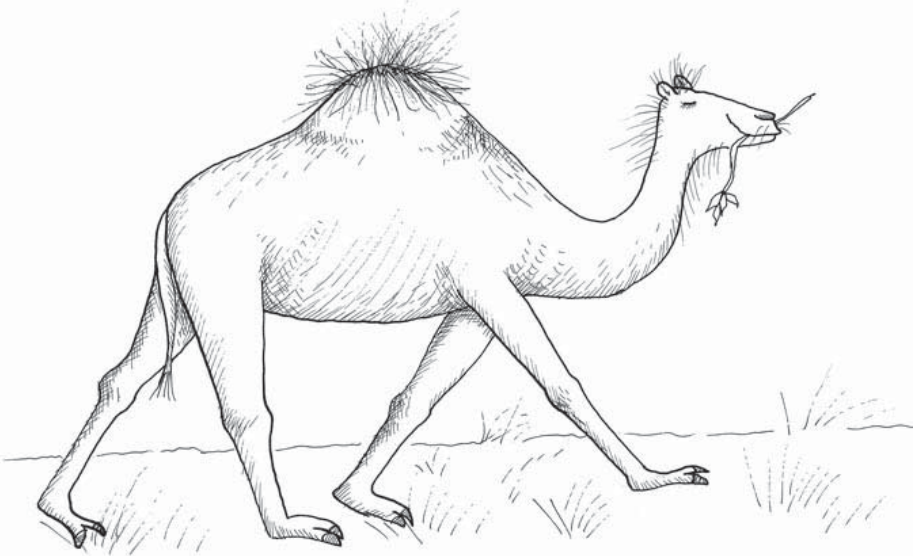
El genio se sentó, apoyó la barbilla en su mano y comenzó a pensar en la Gran Magia mientras el dromedario contemplaba su propio reflejo en el charco de agua.

—Le has dado a tus tres amigos trabajo extra desde el lunes en la mañana, todo a causa de tu pereza—dijo el genio; y continuó pensando en asuntos de magia con su barbilla apoyada en la mano.

—No jorobes—volvió a decir el dromedario.

—Yo en tu lugar no volvería a decir esa palabra—replicó el genio—. La repites con más frecuencia de lo debido. Quiero que trabajes, pretencioso.

Y el dromedario dijo “no jorobes” de nuevo, pero no había terminado de decirlo, cuando notó que sobre su lomo, del que estaba tan orgulloso, algo comenzaba a abultarse, a crecer y a crecer, hasta convertirse en una absurda y enorme joroba.



—¿Lo ves? —dijo el genio—. Ahí tienes tu propia joroba, la que tú mismo te buscaste, por negarte a trabajar. Hoy ya es jueves, y no has hecho ningún oficio desde el lunes en la mañana, cuando el trabajo empezó. Ahora vas a trabajar.

—¿Cómo podré hacerlo —contestó angustiado el dromedario—, con esta joroba en mi espalda?

—Eso tiene un propósito —replicó el genio—. Y todo porque perdiste esos tres días. Ahora podrás trabajar tres días sin comer, ya que dispones de la reserva que guardas en esa joroba; y no te atrevas a afirmar que no hice nada por ti. Sal del desierto, reúnete con los otros tres y compórtate. Joróbate.

Y el dromedario se jorobó, con todo y joroba, y fue a reunirse con los otros tres. Y desde aquel día hasta ahora el dromedario siempre lleva a cuestras su joroba (a veces la llamamos jorobita, para no herir sus sentimientos), pero nunca logró recuperar esos tres días perdidos al principio del mundo, y todavía no ha aprendido a comportarse.

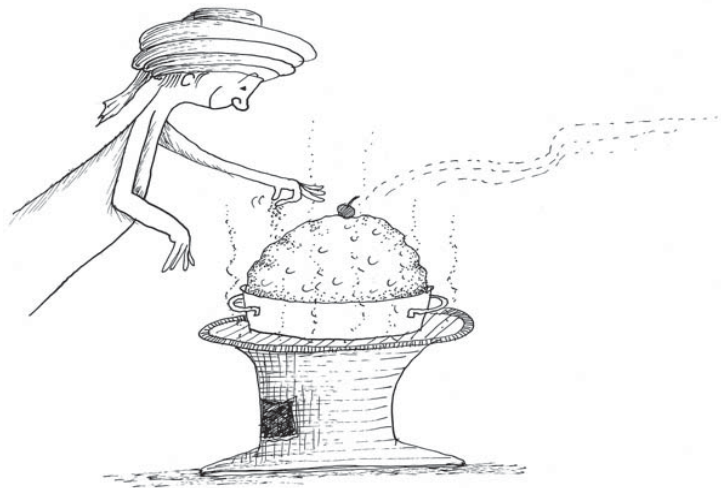
*La joroba del dromedario es un horrible chichón
Que podrás ver en el zoológico,
Pero más horrible aún es la joroba que
conseguiremos*

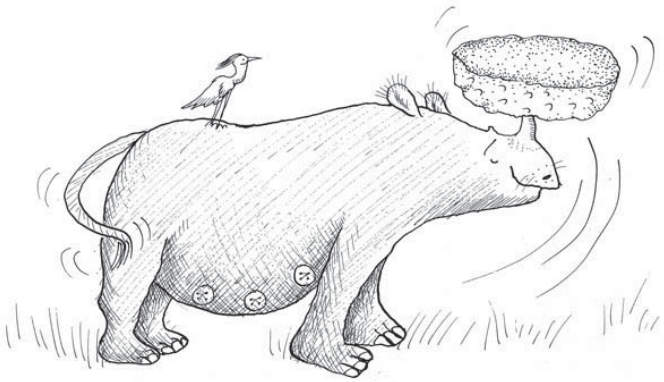
*Si no buscamos algo que hacer.
Grandes y chicos la veremos crecer
Si no encontramos suficiente que hacer
Una joroba tendremos,
Una camelluda joroba
¡Negra y azul!
Saltaremos de la cama con la mente aún embotada
Y con voz ronca y somnolienta.
Tiritaremos y gritaremos, gruñiremos y
rezongaremos
Contra el baño, las botas y los juguetes;
Y habrá un rincón para mí
(Y sé que también lo habrá para ti)
Cuando tengamos una joroba
Una camelluda joroba
¡Negra y azul!
La cura para este mal es no quedarse quieto,
ni perezear con un libro frente al fuego;
Hay que tomar un gran azadón y una pala
Y cavar hasta que brote el sudor.
Y entonces verás que el sol y el viento,
Y el genio del jardín
Se habrán llevado tu joroba,
La horrible joroba*

*¡Negra y azul!
Al igual que a ti, a mí me podría crecer,
¡Si no tengo suficiente que hacer!
Tendremos una joroba,
Una camelluda joroba,
¡A grandes y chicos les puede crecer!*

DE CÓMO AL RINOCERONTE SE LE ARRUGÓ LA PIEL

Había una vez, en una desolada isla en las costas del mar Rojo, un parsi en cuyo sombrero se reflejaban los rayos del sol más que en el esplendoroso oriente. Y el parsi vivía junto al mar Rojo, solo con su sombrero y su cuchillo y una estufa, una de esas estufas que tú particularmente jamás debes tocar. Un buen día, tomó harina y agua y grosellas y ciruelas y azúcar y demás, y se preparó un pastel de 60 cm de ancho y 90 cm de alto que él consideró un “comestible extraordinario” (es decir, mágico) y lo puso en el horno porque a él sí le estaba





permitido cocinar en esa estufa, y lo horneó y lo horneó hasta que estuvo bien dorado y empezó a oler de una manera muy estimulante. Pero justo cuando se disponía a comérselo, apareció en la playa, procedente del interior completamente deshabitado, un rinoceronte con un cuerno en la nariz, dos ojos de cerdito y muy pocos modales.

En aquellos días la piel del rinoceronte se ajustaba perfectamente a él, sin arrugas por ninguna parte. Se veía exactamente como los rinocerontes del arca de Noé, pero mucho más grande, por supuesto. De cualquier manera, no tenía buenos modales en esa época, no los tiene ahora y nunca los tendrá. Le dijo ¡hummm!

al parsi, y éste abandonó su pastel y se trepó a lo más alto de una palmera llevando nada más que el sombrero, en el que se reflejaban los rayos del sol más que en el esplendoroso oriente. El rinoceronte tumbó la estufa de aceite con la nariz y el pastel rodó por la arena, ensartó el pastel en el cuerno, se lo comió y partió batiendo la cola hacia el desolado y exclusivo interior deshabitado que linda con las islas de Mazanderan, Socotra y los Promontorios del Largo Equinoccio.

Entonces el parsi bajó de la palmera, puso la estufa entre las piernas y recitó el siguiente *sloka*, que procederé a recitar porque tú no lo has oído:

Aquel que la torta tomó,

La que el parsi cocinó,

Un desastroso error cometió.

Y aquello quería decir mucho más de lo que tú podrías imaginar.

Cinco semanas después, hubo una ola de calor en las playas del mar Rojo, y todo el mundo se quitó la ropa que traía puesta. El parsi se quitó el sombrero y el rinoceronte se despojó de la piel, se la echó al hombro y se fue a la playa a bañarse.

En aquellos días el rinoceronte tenía una piel de





quitar y poner que se abotonaba en la parte inferior con tres botones y parecía un impermeable. Del pastel que se había comido no dijo ni una palabra. Jamás tuvo modales; no los tiene ahora, ni los tuvo entonces, ni los tendrá nunca. Dejó su piel en la playa y se encaminó al mar, donde hizo burbujas con la nariz.

Entonces el parsi que por allí pasaba se encontró la piel del rinoceronte y sonrió, con una sonrisa que recorrió su cara dos veces. Luego bailó alrededor de la piel tres veces frotándose las manos. Corrió a su campamento y llenó su sombrero con migajas de pastel, ya que él no comía sino pastel y jamás barría su campamento. Tomó aquella piel, sacudió aquella piel, restregó aquella piel y machacó aquella piel, llenándola hasta más no poder de migajas de pastel viejas, secas, duras y cosquilleantes y algunas grosellas quemadas. De nuevo se encaramó a la palmera y esperó a que el rinoceronte saliera del agua y se vistiera.

Y el rinoceronte lo hizo. Se abotonó los tres botones, y le picaba como si estuviera en una cama llena de migas. Quiso rascarse pero eso fue peor; se tendió sobre la arena y se revolcó y se revolcó y se revolcó, y cada vez que se revolcaba, las migajas le picaban más y más y más. Entonces corrió hacia la palmera, y se res-

tregó y se restregó y se restregó contra ella. Se restregó tanto y tan fuerte que se hizo un gran pliegue sobre los hombros, y otro por debajo donde solían estar los botones (pero se le habían caído los botones de tanto restregarse), y además se hizo otros pliegues sobre las piernas. Esto le dañó el genio pero no tuvo efecto alguno sobre las migajas de pastel. Estaban dentro de su piel y picaban demasiado. Así que se marchó a casa, de muy mal genio y con una horrible rasquiña; y desde entonces hasta hoy, todos los rinocerontes tienen grandes pliegues en la piel y muy mal genio, todo a causa de las migas de pastel dentro de la piel.

El parsi bajó de la palmera con el sombrero, donde se reflejaban los rayos del sol más que en el esplendoroso oriente. Empacó su estufa y partió en dirección a Orotavo, Amygdala, las altas praderas de Antanarivo y los pantanos de Sonaput.



*Esta desolada isla
Está frente al cabo Gardafui,
Cerca de las playas de Socotra
Y del rosado mar Árabe:
Pero es caliente también, demasiado caliente desde
el Suez
Para que tú o yo vayamos en una diligencia
A buscar al parsi del pastel.*



DE CÓMO EL LEOPARDO OBTUVO SUS MANCHAS

En aquellos días, cuando todo el mundo era bueno, mi querido niño, el leopardo vivía en un lugar llamado el Alto Veldt. Recuerda que no se trataba del Bajo Veldt o del Frondoso Veldt o del Agrio Veldt sino de aquel exclusivo, ardiente y brillante Alto Veldt, donde sólo había arena y rocas color arena y manojos de pasto amarillo-arenoso. La jirafa, la cebra, el antílope, la gacela y el búfalo vivían allí. Al igual que la pradera, ellos eran de un exclusivo color tostado-amarillo-arenoso, pero no tanto como el leopardo que también vivía allí y era el que tenía el color tostado-amarillo -arenoso más profundo, una bestia amarillenta-grisosa, que corres-

pondía, pelo a pelo, con el exclusivo color amarillento-grisoso-arenoso del Alto Veldt. Esto era muy malo para la jirafa y para la cebra, y para el resto de los animales, porque el leopardo podía agazaparse en una piedra o en un matorral exclusivamente amarillento-grisoso-arenoso y cuando pasaban por allí la cebra, la jirafa, el antílope, la gacela o alguno de los que vivían cerca de los arbustos o troncos, podía sorprenderlos y poner fin a sus vidas saltarinas. Había también un etíope con arcos y flechas (era en ese entonces aquel hombre de un exclusivo color amarillento-tostado-grisoso) que vivía en el Alto Veldt con el leopardo. Solían cazar juntos; el etíope con sus arcos y sus flechas, y el leopardo exclusivamente con sus dientes y garras, de modo que llegaba un momento en que la jirafa, el antílope, la gacela, el búfalo y los demás animales no sabían hacia dónde saltar, querido niño, de verdad que no sabían.

Luego de un largo tiempo, pues las cosas duraban eternamente en aquellos días, los animales aprendieron a esquivar cualquier cosa que se pareciera a un leopardo o a un etíope, y poco a poco comenzaron a marcharse del Alto Veldt —la jirafa fue la primera—, porque sus



piernas eran las más largas. Corrieron durante muchos días, hasta que llegaron a una gran pradera, muy exclusivamente llena de árboles y arbustos y de sombras estriadas, moteadas y manchadas, y allí se escondieron, y después de otro largo tiempo, durante el cual permanecieron mitad entre las sombras y mitad fuera de ellas, y con las escurridizas y resbaladizas sombras de los árboles y arbustos cayendo sobre ellos, la jirafa se cubrió de manchas, la cebra de rayas, y el antílope y la gacela



se volvieron de un tono más oscuro, con pequeñas líneas onduladas, grisosas, sobre sus lomos, similares a la corteza de un árbol. Así, aunque pudieras olerlos y oírlos, rara vez podrías verlos, y eso sólo si supieras exactamente hacia dónde mirar para distinguirlos. Disfrutaron de una temporada realmente maravillosa en las exclusivas, resbaladizas y moteadas sombras del bosque, mientras el leopardo y el etíope corrían por los márgenes a todo lo largo del exclusivo rojizo-amarillento-grisoso Alto Veldt, anhelando saber dónde se habían metido todos sus desayunos, almuerzos y cenas. Al final estaban tan hambrientos que comieron escarabajos, ratones y conejos salvajes, y a los dos, el etíope y el leopardo, les dio un fuerte dolor de estómago. Y entonces se encontraron con Baviaan, el mandril cabeza de perro, el papión ladrador, sin duda el animal más sabio de toda África del Sur.

El leopardo le preguntó a Baviaan (y era un día muy caluroso):

—¿A dónde se fue toda la caza?

Baviaan guiñó un ojo. ¡Él lo sabía!

El etíope le preguntó a Baviaan:

—¿Puede usted decirme cuál es el actual hábitat de la fauna aborigen? (Era la misma pregunta, pero el etío-



pe siempre usaba palabras solemnes, porque era una persona mayor.)

Baviaan guiñó un ojo. ¡Él lo sabía!

Entonces Baviaan dijo:

—La caza se ha marchado a otros puntos y mi consejo para ti, leopardo, es que cambies a otros puntos tan pronto como te sea posible.

Ante lo cual el etíope replicó:

—Todo eso está muy bien, pero yo deseo conocer el paraje a donde ha emigrado la fauna aborigen.

Entonces Baviaan respondió:

—La fauna aborigen se ha unido a la flora aborigen, porque era ya tiempo de un cambio; y mi consejo para ti, etíope, es que cambies tú también tan pronto como te sea posible.

Todo era muy confuso para el leopardo y el etíope, pero decidieron ponerse en marcha e ir en busca de

la flora aborígen, y luego de muchos días de camino divisaron un grandioso, elevado y frondoso bosque, lleno de troncos de árboles, los cuales estaban manchados y alunarados y punteados, tachonados y rayados y moteados y cruzados y entrecruzados por las sombras. (Dilo en voz alta rápidamente y verás cuán sombrío debía ser aquel bosque.)

—¿Qué es esto —dijo el leopardo— tan exclusivamente oscuro y al mismo tiempo tan lleno de pequeños pedazos de luz?

—No lo sé —respondió el etíope—, pero sin duda debe ser la flora aborígen. Puedo oler jirafa y puedo oír jirafa, pero no puedo ver jirafa.

—Es curioso —dijo el leopardo—. Supongo que es porque acabamos de venir de un sitio donde resplandecía la luz del sol. Puedo oler cebra, y puedo oír cebra, pero no puedo ver cebra.

—Espera un momento —dijo el etíope—. Ha pasado un largo tiempo desde que los cazábamos, quizá hemos olvidado cómo son.

—¡Tonterías! —dijo el leopardo—. Yo los recuerdo perfectamente cuando estaban en el Alto Veldt, especialmente la médula de sus huesos. La jirafa mide quizá cinco metros de alta, y tiene de pies a cabeza un

fabuloso color rojizo tostado, y la cebra tiene quizá un metro y medio de altura, con un exclusivo color gris canela de pies a cabeza.

—¡Humm! —dijo el etíope mirando las escurridizas y moteadas sombras del bosque de la flora aborígen—. Entonces deberían verse en este oscuro lugar como bananos maduros en una tabaquería.

Pero no se veían. El leopardo y el etíope estuvieron de caza todo el día, y aunque pudieran olerlos y oírlos, nunca vieron a ninguno de ellos.

—¡Por todos los santos! —dijo el leopardo a la hora del té—. Esperemos hasta que oscurezca, esta cacería a la luz del día es un completo fracaso.

Así que esperaron hasta el anochecer, y de repente el leopardo sintió algo que husmeaba bajo la luz de las estrellas, que caía como rayas por entre las ramas, y saltó sobre aquel sonido, y olía como cebra, se sentía como cebra, y cuando la abatió pateaba como cebra, pero no podía verla; así que dijo:

—Quédate quieta, cosa sin forma alguna. Voy a



sentarme sobre tu cabeza hasta que amanezca, porque hay algo en ti que no acabo de entender.

Entonces escuchó un gruñido, un chasquido y un forcejeo, y de pronto el etíope le gritó:

—He cogido una cosa que no puedo ver. Huele como jirafa, patea como jirafa, pero no tiene forma alguna.

—No te fíes de ella —dijo el leopardo—. Siéntate sobre su cabeza, igual que yo, hasta que amanezca. Lo que tú capturaste no tiene forma alguna y lo mío tampoco.

Así que se sentaron sobre ellas con fuerza hasta que llegó la resplandeciente mañana, y entonces el leopardo preguntó:

—¿Qué tienes en tu mesa, hermano?

El etíope se rascó la cabeza y contestó:

—Debe ser una exclusiva y fabulosa jirafa color naranja-amarillo-rojizo de pies a cabeza, no puede ser otra cosa que una jirafa, pero está cubierta por todas partes con manchas castañas. ¿Y tú hermano, que tienes en tu mesa?

Y el Leopardo se rascó la cabeza y dijo:

—Esto debe ser una exclusiva y delicada cebrá gris-pardo, no puede ser otra cosa que una cebrá, pero está cubierta por todas partes de rayas negras y púrpuras. ¿Qué



diablos has estado haciendo contigo, cebra, no entiendes que si estuvieras en el Alto Veldt podría verte a diez kilómetros de distancia? ¡Ya no tienes forma alguna!

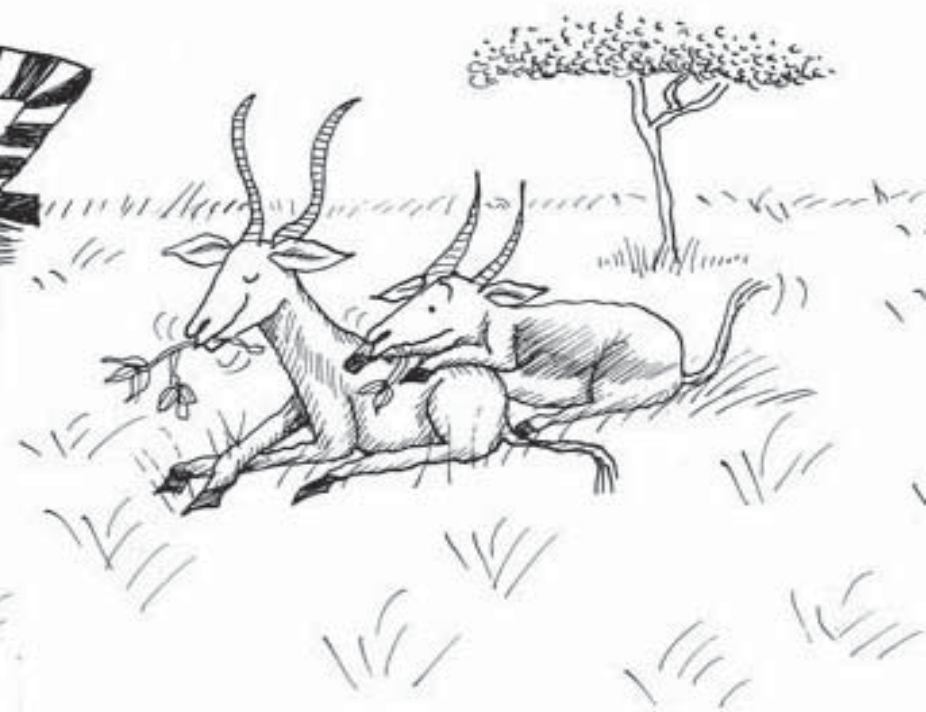
—Sí —respondió la cebra—. Pero éste no es el Alto Veldt, ¿no lo ves?

—Ahora sí puedo verlo —dijo el leopardo—, pero ayer no podía. ¿Qué ha sucedido, cómo lo lograste?

—Deja que nos paremos —dijo la cebra—, y te lo mostraremos.

Dejaron que la jirafa y la cebra se levantaran y la cebra se dirigió a unos arbusticos espinosos donde la





luz del sol caía a manera de rayas, y la jirafa se colocó junto a unos árboles muy altos donde las sombras caían como manchas.

—¡Miren ahora! —dijeron la cebra y la jirafa—. Así se hace, ¡un, dos, tres! ¿Y dónde está tu desayuno?

El leopardo miraba... y el etíope miraba... tratando de distinguir algo, pero sólo alcanzaban a ver sombras rayadas y moteadas en el bosque. Ni rastro de la jirafa, ni de la cebra. Dieron unos pasos y se escondieron en el bosque sombrío.

—Je, je —dijo el etíope—, es un truco que vale la pena aprender, toma nota de eso, leopardo. Tú luces en este oscuro lugar como una barra de jabón en un balde de carbón.

—Jo, jo —replicó el leopardo—, ¿te sorprendería mucho saber que tú en este oscuro lugar luces como una plasta de mostaza sobre un costal de carbón?

—Los insultos no nos ayudarán a conseguir la cena —dijo el etíope—. El más y el menos de este asunto es que no encajamos con nuestro entorno. Voy a seguir el consejo de Baviaan, quien afirmó que debía cambiar, y como no tengo nada más que cambiar, excepto mi piel, la voy a cambiar...

—¿Que qué? —preguntó el leopardo, profundamente alarmado.

—...por un color negro castaño, con un poco de púrpura y tonos azul cobalto. Sería lo mejor para ocultarme en las hondonadas y detrás de los árboles.

Entonces, el etíope cambió ahí mismo su piel, y el leopardo estaba más excitado que nunca, porque jamás había visto a un hombre cambiar de piel.

—¿Pero qué sucederá conmigo? —preguntó el leopardo, mientras el etíope intentaba acomodar el último trozo de fina piel negra sobre su dedo meñique.

—Tú también deberías seguir el consejo de Baviaan y optar por los puntos.

—¡Y lo hice! —respondió el leopardo—. Fui a otros puntos tan rápido como pude, llegué a este punto y mira todo el bien que me ha hecho.

—¡Tonto! —replicó el etíope—. Baviaan no se refería a puntos en África del Sur. Él quería decir puntos en tu piel.

—¿Y para qué me servirían? —preguntó el leopardo.

—Piensa en la jirafa —dijo el etíope—; o si prefieres rayas, piensa en la cebra. Ellos adoptaron sus manchas y sus rayas que les han proporcionado grandes satisfacciones.

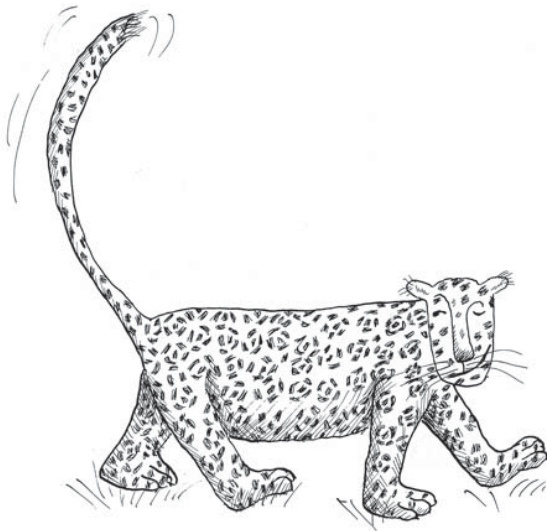
—Hum —protestó el leopardo—, yo no quiero verme como una cebra, ¡eso nunca!

–Bueno, decídete –dijo el etíope–, porque odio ir de cacería sin ti, pero me temo que tendré que prescindir de tu compañía, si insistes en parecer un girasol contra una cerca embreada.

–Optaré por unos puntos entonces –dijo el leopardo–, pero no los hagas demasiado grandes. Yo no quiero verme como una jirafa. ¡Eso nunca!

–Los haré con las yemas de mis dedos –dijo el etíope–. Todavía tienen el tinte de mi nueva piel. ¡Ponte de pie!

El etíope puso muy juntos sus cinco dedos (que aún estaban húmedos de la tinta negra de su nueva piel) y los fue presionando por todos lados sobre la piel del



leopardo, y dondequiera que sus cinco dedos se apoyaban, dejaban cinco pequeñas manchas, bien juntitas. Tú puedes verlas, querido niño, en toda piel de leopardo que mires. Algunas veces los dedos se resbalaban y las marcas quedaban un poco borrosas, pero si tú miras muy de cerca cualquier leopardo, verás que siempre hay cinco puntos, que son las huellas de cinco dedos negritos y gorditos...

–Te ves muy guapo –dijo el etíope–, ahora puedes tenderte en campo abierto y parecerás un montón de guijarros, puedes tenderte sobre las rocas desnudas y parecerás un budín de roca, puedes tenderte sobre una rama frondosa y te confundirán con los rayos del sol tamizados entre las hojas, incluso puedes tenderte en la mitad de un camino y verte como *nada* en particular. Piensa en ello y ronronea.

–Pero si me consideras afortunado –dijo el leopardo– ¿por qué no te vuelves punteado tú también?

–¡Oh no! Negro puro es lo mejor para un negro como yo –respondió el etíope–. Ahora ven conmigo y veamos si podemos desquitarnos del señor Uno-Dos-Tres-Dónde-Está-Tu-Desayuno.

Así que partieron y vivieron felices para siempre, querido niño. Eso es todo.

Ah, y de vez en cuando oirás a los adultos decir: “¿Puede el etíope cambiar su piel o el leopardo sus manchas?” Los adultos van por ahí diciendo esas bobadas porque el leopardo y el etíope en realidad ya lo hicieron una vez. ¿No crees? Pero nunca lo volverán a hacer, querido niño, porque se sienten muy satisfechos como están.



*Yo soy el sabio Baviaan que dice sabias palabras,
Mezclémonos con el paisaje –sólo nosotros dos y nuestras
soledades.*

*Ha llegado gente en un carruaje.
Mamita está ahí...*

*Sí, puedo ir si me llevas –la nana no
quiere ir*

*¡Podemos ir a las porquerizas, y
sentarnos en las barandas!*

*¡Si les decimos cosas a los conejitos, los
veremos mover la colita!*

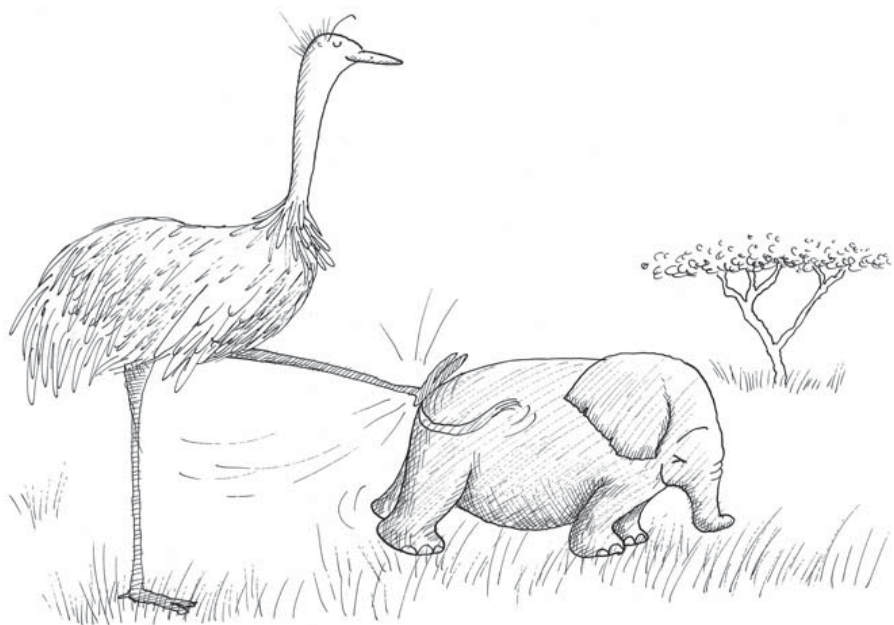
*Vamos, papito, no importa dónde,
mientras estemos tú y yo,*

*¡Y sea una verdadera excursión, de la
que no volveremos hasta la hora del té!*

*Aquí están tus botas (te las he traído),
y aquí están tu sombrero y tu bastón,*

*Y aquí están tu pipa y tu tabaco.
Salgamos de una vez, ¡vámonos rápido!*





EL ELEFANTITO

En remotas y lejanas épocas, el elefante no tenía trompa, querido niño, solamente una nariz prominente y negruzca, tan grande como una bota que podía menear de un lado a otro, pero con la que no podía recoger nada. Un buen día llegó un elefantito nuevo, un bebé elefante, lleno de insaciable curiosidad, lo que significa que siempre andaba haciendo muchas preguntas. Y llenaba todo el África, donde vivía, con su insaciable curiosidad. Le preguntó a su espigada tía la avestruz por qué las plumas de su cola crecían así, y su espigada tía la avestruz le dio nalgadas con su dura, dura pata. Le preguntó a su alta tía la jirafa qué había hecho para que su piel fuera toda manchada, y su alto tío le dio nalgadas con su duro, duro casco. ¡Y aun así, él seguía lleno de insaciable curiosidad! Le preguntó a su voluminoso tío el hipopótamo por qué sus ojos estaban rojos, y su voluminoso tío el hipopótamo le dio nalgadas con su enorme, enorme pezuña; y le preguntó a su peludo tío el mandril por qué los melones sabían así, y su peludo tío el mandril le dio nalgadas con su peluda, peluda garra. Y aún así, él seguía lleno de insaciable curiosidad.

Preguntaba sobre todo lo que veía, oía, olía, tocaba o sentía, y todos sus tíos y tías le daban nalgadas. Y aun así, él seguía lleno de insaciable curiosidad.

En una esplendorosa mañana, en medio de la precesión de los equinoccios, nuestro insaciable elefantito hizo una pregunta genial que nunca antes se le había ocurrido: “¿Qué cenan los cocodrilos?” A lo que todo el mundo le respondió: “¡Cállate!”, en un tono aterrador y rudo, y entre todos le dieron, sin parar, una eterna tunda de nalgadas.

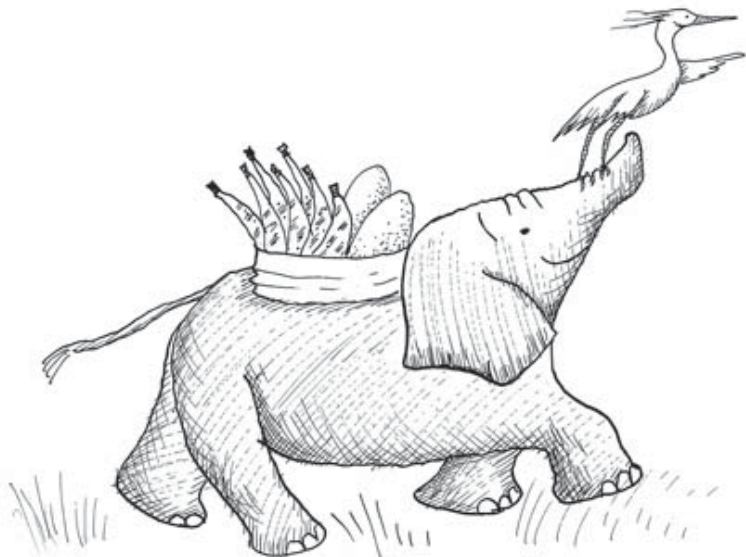
Más tarde, cuando aquello terminó, se topó con el pájaro kolokolo posado en medio de un arbusto—espinoso-de-espera-un-poco y le dijo:

—Mi papá me dio nalgadas, mi mamá me dio nalgadas, todos mis tíos y mis tías me dieron nalgadas por mi insaciable curiosidad, pero yo todavía quiero saber qué cena el cocodrilo.

Entonces el pájaro kolokolo, con un chillido melancólico, replicó:

—Vete a las riberas del gran río Limpopo, grasoso y gris y verdoso y todo rodeado de quinos

La mismísima mañana siguiente, cuando nada había quedado de los equinoccios, ya que la precesión había procedido de acuerdo con el precedente, este



insaciable elefantito agarró cincuenta kilos de bananos (del tipo pequeño rojo), y cincuenta kilos de caña de azúcar (del tipo morado largo) y diecisiete melones (del tipo crujiente y verdoso), y dijo a todos sus queridos familiares:

—Adiós. Me voy a las riberas del gran río Limpopo, grasoso y gris y verdoso y todo rodeado de quinos, a averiguar qué cenan los cocodrilos.

Y entre todos, otra vez, le dieron nalgadas para desearle suerte, aunque él les pidió, muy cortésmente, que no lo hicieran.

Entonces partió, calentito, mas no sorprendido del todo, comiendo melones y tirando las cáscaras en derredor porque no las podía recoger.

Pasó del pueblito de Graham al de Kimberley y de Kimberley a la región de Khama y de la región de Khama al oriente, vía norte, comiendo melones todo el tiempo, hasta que llegó a las riberas del gran río Limpopo, grasoso y gris y verdoso y todo rodeado de quinos, exactamente como el pájaro kolokolo le había dicho.

Ahora tú debes entender y saber, querido niño, que hasta esa precisa semana, día, hora y minuto, este insaciable elefantito nunca había visto un cocodrilo, ni tenía idea de su apariencia. Todo se debía a su insaciable curiosidad.

Lo primero que encontró fue una serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas enrollada en una roca.

—Disculpe —le dijo el elefantito muy cortésmente—, ¿ha visto usted algo así como un cocodrilo en estos promiscuos lugares?

—¿Que si he visto un cocodrilo? —replicó la ser-



piente-pitón-bicolor-de-las-rocas, en un tono de voz de aterrador desprecio—. ¿Qué más vas a preguntarme?

—Disculpe —dijo el elefantito—, ¿pero tendría usted la bondad de contarme qué cena él?

Entonces la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas se desenrolló rápidamente de la roca y le dio nalgadas al elefantito con su escamosa, nudosa cola.

—Esto es curioso —replicó el elefantito—, porque mi papá y mi mamá y mi tía y mi tío, sin mencionar a mi otro tío el mandril y a mi otro tío el hipopótamo, me han dado nalgadas por mi insaciable curiosidad y supongo que con usted es la misma cosa.

Entonces se despidió muy cortésmente de la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas después de ayudarla a enrollarse de nuevo en su roca y se alejó calentito, mas no sorprendido del todo, comiendo melones y tirando las cáscaras en derredor, porque no podía recogerlas. Hasta que pisoteó lo que creyó era un tronco de madera apoyado sobre el mismo borde del grasoso y gris y verdoso y todo rodeado de quinos

Pero en realidad era el cocodrilo, querido niño, y el cocodrilo guiñó un ojo, ¡así!

—Disculpe —dijo el elefantito muy cortésmente—, ¿pero ha visto usted por casualidad un cocodrilo en estos promiscuos lugares?

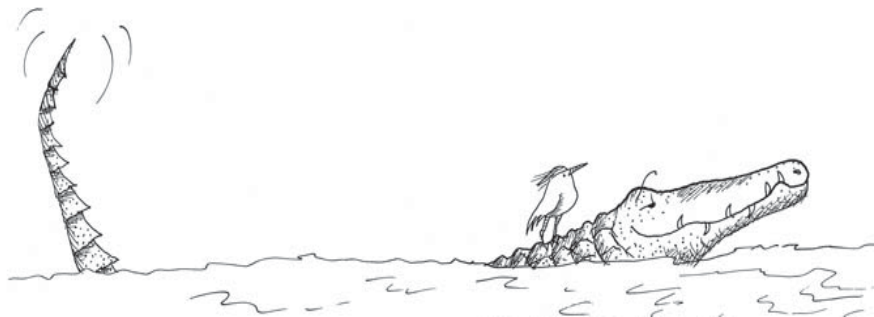
Entonces el cocodrilo guiñó el otro ojo y levantó la mitad de su cola del fango, y el elefantito retrocedió, muy cortésmente, pues no quería que le dieran nalgadas otra vez.

—Ven acá, pequeño —dijo el cocodrilo—, ¿por qué preguntas esas cosas?

—Disculpe —respondió el elefantito muy cortésmente— pero mi padre me ha dado nalgadas y mi madre me ha dado nalgadas, sin mencionar a mi alta tía la avestruz, ni a mi espigada tía la jirafa, que patea con fuerza, de veras, ni a mi voluminoso tío el hipopótamo, ni a mi peludo tío el mandril; y la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas, con su escamosa, nudosa cola, me dio ribera arriba las peores nalgadas; y no sé si va a pasar lo mismo con usted, pero no quiero recibir nalgadas de nuevo.

Ven acá, pequeño —dijo el cocodrilo—, porque yo soy el cocodrilo —y derramó lágrimas de cocodrilo para mostrar que era totalmente cierto.

El elefantito quedó sin resuello, jadeó, se arrodilló en la orilla del río y dijo:



–Usted es precisamente la persona que he estado buscando todo este tiempo... ¿Podría decirme, por favor, qué cena?

–Ven acá, pequeño –dijo el cocodrilo–, y te lo susurraré.

Entonces el elefantito agachó la cabeza, acercándola a las malolientes y dentadas fauces del cocodrilo, y el cocodrilo lo agarró por su naricita, que hasta esa misma semana, día, hora y minuto no había sido más grande que una bota, aunque mucho menos útil.

–Creo –dijo el cocodrilo con los dientes bien cerrados, ¡así!– que hoy comenzaré con un elefantito.

En ese momento, querido niño, el elefantito se disgustó muchísimo y dijo, hablando a través de la nariz, algo así como:

–Nédjeme id, me ladtima.

Y sucedió que la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas, reptó por la orilla hacia el elefante y le dijo:

—Mi joven amigo, tira tanto como puedas en este preciso instante. Si no lo haces de inmediato, es mi opinión que este conocido ejemplar de amplio abrigo de cuero repujado (refiriéndose con estas palabras al cocodrilo) te mandará de un tirón dentro de aquella límpida corriente antes de que puedas decir ni pío.

Así es como hablan siempre las serpientes-pitón-bicolor-de-las-rocas.

Entonces el elefantito se sentó sobre su pequeño trasero y tiró, y tiró, y tiró, y su nariz comenzó a estirarse, y el cocodrilo luchaba dentro del agua, enturbiándola con los grandes barridos de su cola, y tiraba, y tiraba.

Y la nariz del elefantito seguía estirándose; el elefantito separaba sus cuatro patitas y tiraba, y tiraba, y su nariz seguía estirándose; y el cocodrilo movía la cola como un remo, y tiraba, y tiraba, y tiraba, y con cada tirón la nariz del elefantito se alargaba y se alargaba y le dolía, ay, cuánto le dolía.

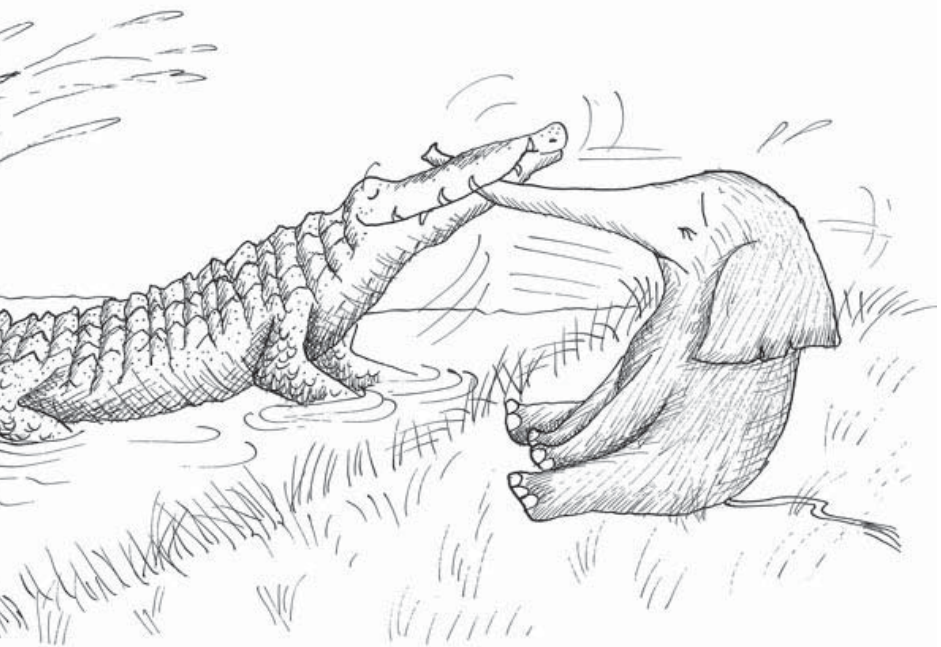
De pronto sintió que se resbalaban y dijo a través de la nariz, que ya para entonces tenía casi cinco pies de larga.



—¡Edto ed nemadsiado pada mí!

Entonces la serpiente-pitón-bicolor-de-las rocas bajó del banco de arena en la orilla y se anudó en una doble vuelta de cabo alrededor de las patas traseras del elefantito y dijo:

—Inexperto e impetuoso viajero, tendremos que aplicar seriamente un poco de tensión, porque de lo contrario, tengo la impresión de que aquel guerrero



autopropulsado de cubierta superior blindada (refiriéndose así al cocodrilo, querido niño) arruinará tu porvenir.

Así es como hablan siempre las serpientes-pitón-bicolor-de-las-rocas.

Así que tiró, y el elefantito tiró, y el cocodrilo tiró, pero el elefantito y la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas tiraron más fuerte, y al final el cocodrilo soltó la nariz del elefantito con un ruido sordo que se escuchó a todo lo largo del Limpopo.

El elefantito se sentó de golpe, no sin antes dar las gracias a la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas; y luego mimó su pobre naricita estirada, envolviéndola con mucho cuidado en frías cáscaras de bananos y metiéndola en el riberas del gran río Limpopo, grasoso y gris y verdoso y todo rodeado de quinos

—¿Para qué haces eso? —preguntó la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas.

—Disculpa —dijo el elefantito—, pero mi nariz está terriblemente deformada y espero que se encoja.

—Entonces tendrás que esperar un mucho tiempo —respondió la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas—. Algunas personas no saben lo que es bueno para ellas.

El elefantito se sentó allí por tres días, esperando

que se le encogiera la nariz. Pero esta nunca se empequeñeció y además, lo hizo bizquear. El cocodrilo, querido niño, como podrás ver y entender, se la había estirado hasta convertirla en una real y verdadera trompa, tal y como la tienen todos los elefantes hoy en día.

Al final del tercer día vino volando una mosca y picó al elefantito en el hombro, y este, antes de darse cuenta de lo que hacía, alzó la trompa y golpeó con la punta a la mosca, matándola en el acto.

—¡Ventaja número uno! —dijo la serpiente pitón-bicolor—de-las-rocas—. Tú no hubieras podido hacer eso con una simple nariz. Ahora trata de comer algo.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, el elefantito estiró la trompa y arrancó un manojito de pasto, lo sacudió contra sus patas delanteras para quitarle el polvo y se lo comió.

—¡Ventaja número dos! —dijo la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas—. Tú no hubieras podido hacer eso con una simple nariz. ¿No crees que el sol calienta mucho aquí?

—Así es —dijo el elefantito, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, agarró un poco del refrescante limo de las riberas del gran río Limpopo, grasoso y gris y verdoso y todo rodeado de quinos y se cubrió



la cabeza, donde se formó una fría capa de barro que goteaba detrás de sus orejas.

—¡Ventaja número tres! dijo la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas—. Tú no hubieras podido hacer eso con una simple nariz. ¿Ahora, qué pasará si vuelven a darte nalgadas?

—Discúlpame —dijo el elefantito—, pero es lo último que deseo.

—¿Qué te parece entonces que seas tú quien las dé? —preguntó la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas.

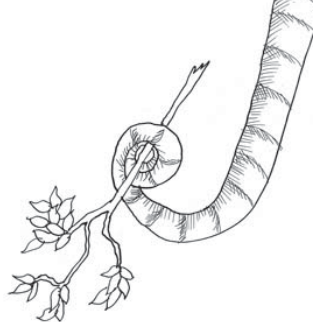
—De veras me encantaría hacerlo —respondió el elefantito.

—Bueno —dijo la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas—. Descubrirás que tu nueva nariz te será muy eficaz para pagarle con ella a quien quieras.

—Gracias —dijo el elefantito—. Lo tendré muy en cuenta. Y ahora creo que regresaré a casa y lo intentaré con todos mis queridos familiares.

El elefantito atravesó África para regresar a casa, retozando con su trompa y sacudiéndola. Cuando que-





ría comer fruta la bajaba del árbol en vez de esperar a que cayera, como solía hacer. Cuando quería pasto, lo arrancaba del suelo en lugar de arrodillarse, como solía hacer. Cuando las moscas lo molestaban, rompía una rama de un árbol y la usaba como matamoscas; y se hizo una fría capa de barro fangoso y chorreante para que el sol nunca calentara demasiado. Cuando se sentía solo por el África, cantaba con su trompa, y su sonido era mucho más fuerte que varias bandas de cobres. Se desvió de su ruta sólo para salirle al encuentro a una gorda hipopótama (que no era familiar suyo) y darle nalgadas muy duro para cerciorarse de que la serpiente-pitón-bicolor-de-las-rocas le había dicho la verdad acerca de su nueva trompa. El resto del tiempo lo dedicó a recoger las cáscaras de melón que había arrojado antes de su camino al Limpopo, porque él era un paquidermo aseado.

Una oscura tarde regresó a donde todos sus queridos familiares, enrolló su trompa y dijo:

—¿Cómo están ustedes?

Ellos estaban muy contentos de verlo y en seguida dijeron:

—Ven y te daremos nalgadas por tu insaciable curiosidad.

—¡Bah! —respondió el elefante—. No creo que ustedes sepan de nalgadas; pero yo sí, y se los demostraré.

Entonces desenrolló su trompa y golpeó a dos de sus queridos hermanos desde la cabeza hasta los talones.

—¿Dónde aprendiste ese truco, y qué le has hecho a tu nariz?

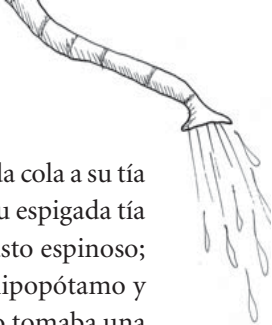
—Obtuve una nueva del cocodrilo en las riberas del gran río Limpopo, grasoso y gris y verdoso y todo rodeado de quinos —replicó el elefantito—. Le pregunté con que cenaba, y me dejó esto como recuerdo.

—Luce espantosa —comentó su peludo tío el mandril.

—Lo es —respondió el elefantito—. Pero es muy práctica —y levantó a su peludo tío el mandril de una de sus peludas piernas y lo puso sobre un nido de avispones.

Entonces aquel travieso elefantito empezó a darle nalgadas a todos sus queridos familiares, y siguió haciéndolo hasta dejarlos a todos bien calientes y real-





mente sorprendidos. Le jaló la emplumada cola a su tía la avestruz; agarró de una pata trasera a su espigada tía la jirafa, y la arrastró a través de un arbusto espinoso; le pegó alaridos a su voluminoso tío el hipopótamo y le sopló burbujas dentro del oído cuando tomaba una siesta en el agua; y nunca permitió que nadie tocara al pájaro kolokolo.

Finalmente todo se volvió tan excitante, que sus queridos familiares se fueron uno por uno corriendo a las orillas del gran río Limpopo, grasoso y gris y verdoso y todo rodeado de quinos, todo rodeado de árboles, para pedirle una nueva nariz al cocodrilo. Cuando regresaron nadie volvió a darle nalgadas a nadie nunca más; y desde entonces, querido niño, todos los elefantes que verás, y los que nunca verás, tienen trompas exactamente iguales a la trompa del insaciable elefantito.

*Tengo seis servidores honestos y fieles
(que me enseñaron todo lo que sé);
Sus nombres son Qué, Cuándo y Dónde
Y Quién, Cómo y Por qué.
Los envié por mar y tierra,
Los envié por este y oeste;*

*Pero después de trabajar para mí,
Un buen descanso a todos les di.
Los dejo descansar de nueve a cinco,
Porque entonces estoy ocupado,
Y también al desayuno, al almuerzo y a la hora del
té,
Porque son unos muchachos hambrientos:
Pero no todos piensan igual;
Yo conozco a una personita
Que tiene cien millones de servidores
¡Que no descansa jamás!
Ella los manda al extranjero para que se ocupen de
sus asuntos
Desde el momento en que abre los ojos
Tiene un millón de cómo, dos millones de dónde,
¡y siete millones de por qué!*

EL ORIGEN DE LOS ARMADILLOS

Esta, mi querido niño, es otra historia de remotos y lejanos tiempos. Justo en la mitad de aquellos tiempos hubo un espinoso y tozudo puercoespín que vivía en las riberas del turbio Amazonas, engullendo caracoles con concha y otras cosas. Tenía una amiga, la sólida y parsimoniosa tortuga, que también habitaba en las riberas del turbio Amazonas comiendo verdes lechugas y otras cosas. Y todo eso estaba muy bien, querido niño. ¿Te das cuenta?

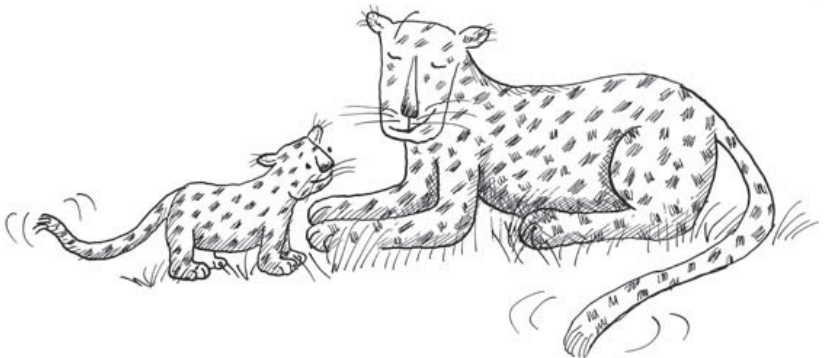
Pero también, y al mismo tiempo en aquellos remotos y lejanos tiempos, hubo un pecoso jaguar, que vivía igualmente en las riberas del turbio Amazonas, y que se comía todo lo que encontraba a su paso. Cuando no podía cazar ciervos o monos, comía escarabajos y sapos, y cuando no podía atrapar escarabajos o sapos,



iba a donde su mamá jaguar a preguntarle cómo engullir puercoespines y tortugas.

Y ella le explicaba una y otra vez, meneando graciosamente la cola: “Hijo mío, cuando encuentres un puercoespín, déjalo caer en el agua para que se desenrolle, y cuando atrapes una tortuga, debes sacarla de su caparazón con tu garra.” Y todo eso estaba muy bien, querido niño.

Una hermosa noche, en las riberas del turbio Amazonas, el pecoso jaguar encontró al espinoso y tozudo puercoespín y a la sólida y parsimoniosa tortuga sentados bajo el tronco de un árbol caído. Ninguno de los dos pudo escapar, así que el espinoso y tozudo se enrolló hasta volverse una pelota, pues al fin y al cabo era un puercoespín, y la sólida y parsimoniosa retrajo cabeza y patas dentro de su caparazón, tan profunda-

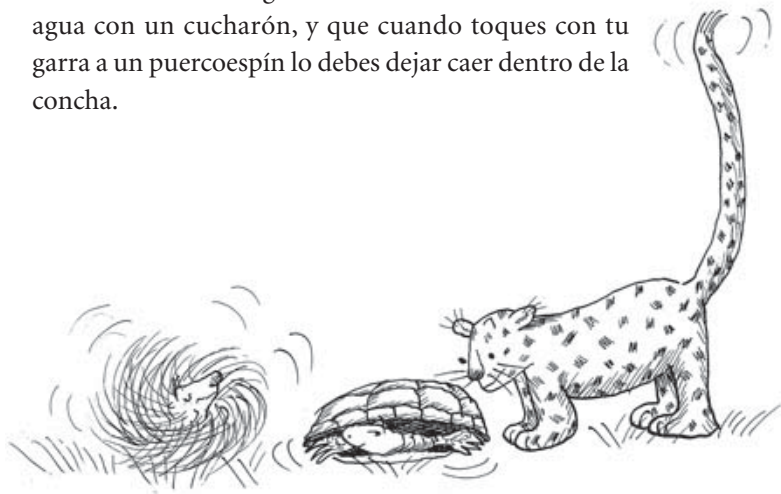


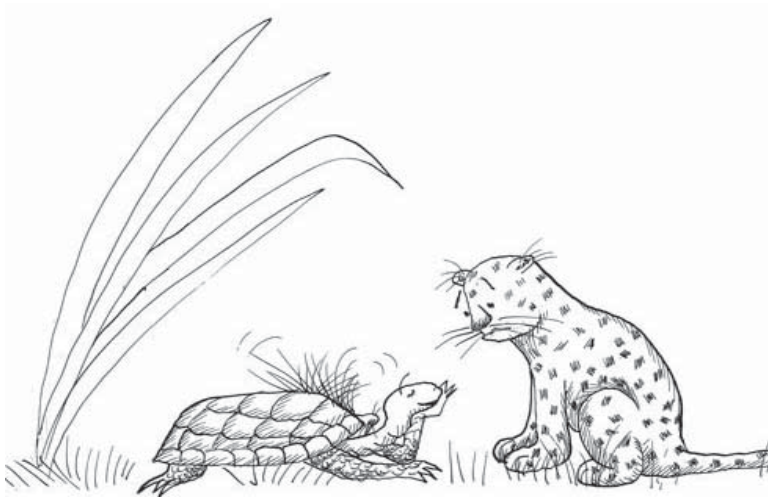
mente como pudo, pues al fin y al cabo era una tortuga. Y todo eso estaba muy bien, querido niño.

¿Lo puedes ver?

—Présteme atención—dijo el pecoso jaguar— porque es muy importante. Mi madre dice que cuando me tope con un puercoespín lo debo dejar caer en el agua para que se desenrolle y que cuando me tope con una tortuga debo sacarla de su caparazón con mi garra. Ahora bien, ¿cuál de ustedes es puercoespín y cuál tortuga? Porque juro por mis pecas que no puedo distinguirlos.

—¿Estás seguro de lo que tu mamita te dijo?— indagó el espinoso y tozudo puercoespín—. ¿Estás completamente seguro? ¿Quizá lo que dijo es que cuando desenrolles una tortuga debes desenconcharla fuera del agua con un cucharón, y que cuando toques con tu garra a un puercoespín lo debes dejar caer dentro de la concha.





—¿Estás seguro de lo que tu mamita te dijo? —indagó la pesada y parsimoniosa tortuga—. ¿Estás completamente seguro ¿Quizá lo que dijo fue, que cuando eches al agua al puercoespín lo debes dejar caer en tu garra, y que cuando topes a una tortuga, debes dejarla en su concha hasta que se desenrolle.

—No me suena ni remotamente que haya sido así —respondió el pecoso jaguar, aunque se sentía un poco desconcertado—. Pero, por favor, repítanmelo más despacio.

—Que cuando cucharees agua con tu garra, la desenrolles con un puercoespín —dijo el espinoso y tozudo—. Y recuérdalo, porque es importante.

—Pero —dijo la tortuga— cuando recojas carne con tu garra, déjala caer dentro de la tortuga con un cucharón. ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Están logrando que me duelan las pecas —dijo el pecoso jaguar—. Y además, yo no quería para nada sus consejos. Sólo deseaba saber cuál de ustedes es puercoespín y cuál tortuga.

—No puedo decírselo —declaro el puercoespín—. Pero puedes sacarme de mi caparazón a cucharadas si quieres.

—¡Ajá! —exclamó el pecoso jaguar—. Ahora sé que eres la tortuga. ¡Creíste que no podría! Ahora lo haré.

El pecoso jaguar extendió su pequeña garra almohadillada justo en el momento en que el espinoso y tozudo se enrolló y por supuesto, la pequeña garra almohadillada del jaguar quedó llena de púas. Aún, el pecoso jaguar lanzó al puercoespín lejos, muy lejos, entre los árboles y la maleza, donde estaba tan oscuro que no pudo encontrarlo. Entonces se metió la pequeña garra almohadillada dentro de la boca y, por su puesto, las púas lo lastimaron horriblemente. Tan pronto como pudo hablar, dijo:

—Ahora sé que no es de ninguna manera una tortuga. Pero —y se rascó la cabeza con la garra que no te-

nía púas-, ¿cómo puedo saber que esto otro sí es una tortuga?

–Pues yo sí soy una tortuga –dijo la sólida y parsimoniosa–. Tu madre tenía toda la razón. Ella dijo que debías sacarme de mi caparazón con tu garra, como si fuera una cuchara. Comienza.

–Hace un instante tú no dijiste que ella dijera eso –musitó el pecoso jaguar, chupando las púas de su pequeña garra almohadillada–. Tú dijiste que ella dijo algo totalmente diferente.

–Bueno, supón que tú dijeras que yo dije que ella había dicho algo totalmente diferente; yo no creo que ello haga alguna diferencia, porque si ella dijo que tú dijiste que yo dije que ella dijo, es justamente lo mismo que si yo digo lo que ella dijo que ella dijo. Por otra parte, si piensas que ella dijo que debes desenrollarme con un cucharón, en lugar de arañarme en pedacitos con un caparazón, no puedo hacer nada al respecto, ¿o puedo?

–Pero tú dijiste que querías que te sacara a cucharadas del caparazón con mi garra –exclamó el pecoso jaguar.

–Si lo piensas de nuevo, descubrirás que yo no dije nada de eso. Yo dije que tu madre dijo que me sacaras

a cucharadas de mi caparazón –dijo la sólida y parsimoniosa.

–¿Qué sucedería si lo hiciera? –preguntó muy celoso y muy precavido.

–No lo sé porque nunca antes me han sacado a cucharadas del caparazón, pero te digo sinceramente, que si quieres verme nadar hasta no verme más, sólo tienes que dejarme caer en el agua.

–No lo creo –dijo el pecoso jaguar–. Has confundido todas las cosas que mi madre me dijo que hiciera con las cosas que me preguntaste acerca de si yo estaba seguro de que ella lo dijo o no, a tal punto que ya no sé si estoy sobre mi cabeza o sobre mi pecosa cola; y ahora vienes y me dices algo que puedo entender y eso me confunde más que antes. Mi madre me dijo que debía dejar caer a uno de ustedes dos dentro del agua, y como tú pareces demasiado ansioso de que te deje caer, pienso



que no quieres que te deje caer. Así que salta al turbio Amazonas y hazlo rápido.

—Te advierto que a tu mamita no le gustará. No le digas que yo no te lo dije —exclamó la sólida y parsimoniosa.

—Si dices una sola palabra más acerca de lo que mi madre dijo... —replicó el pecoso jaguar, pero no había terminado la frase cuando la sólida y parsimoniosa se sumergió silenciosamente en el turbio Amazonas, nadó bajo el agua un buen rato, y salió a la orilla donde el espinoso y tozudo la estaba esperando.

—¡Nos escapamos por un pelo! —dijo el espinoso y tozudo—. No me gustó ese pecoso jaguar. ¿Qué le dijiste que eras?

—Yo le dije la verdad, que yo era una verdadera tortuga, pero no me creyó y me hizo saltar dentro del río para constatar que lo era, y como lo era, está sorprendido. Ahora ha ido a decírselo a su mamita. Escúchalo.

Y claramente se podía escuchar al pecoso jaguar rugiendo arriba y abajo entre los árboles y arbustos de la ribera del turbio Amazonas, hasta que su mamita vino.

—Hijo, hijo —dijo repetidamente su madre, me-

neando graciosamente la cola—. ¿Qué has estado haciendo que no deberías haber hecho?

—Estuve tratando de sacar a cucharadas, con mi garra, algo que quería ser sacado a cucharadas fuera de su caparazón, y mi garra está llena de púas —respondió el pecoso jaguar.

—Hijo, hijo —dijo su madre, meneando graciosamente la cola—. Por las púas en tu pequeña garra almohadillada, veo que ese algo debió de haber sido un puercoespín. Deberías haberlo dejado caer al agua.

—Lo hice con la otra cosa; y esa dijo que era una tortuga, y yo no le creí y era muy cierto, y se sumergió en el turbio Amazonas, y no volvió a salir, y no tengo nada que comer, y pienso que mejor deberíamos buscar refugio en otra parte. Son demasiado ingeniosos en el turbio Amazonas para un pobrecito como yo.

—Hijo, hijo —dijo su madre, meneando graciosamente la cola—. Ahora ponme atención y recuerda lo que te digo. Un puercoespín se enrolla como una bola y sus púas sobresalen para todos lados. De esta manera podrás reconocer al puercoespín.

—No me gusta esta vieja señora ni un poquito —dijo el espinoso y tozudo bajo la sombra de una enorme hoja—. Me pregunto que más sabe.

–Una tortuga no puede enrollarse –continuó madre jaguar, meneando graciosamente la cola–. Ella solamente retrae la cabeza y las patas dentro del caparazón. De esta manera podrás reconocer a la tortuga.

–No me gusta para nada esa vieja dama –dijo la sólida y parsimoniosa tortuga–. Incluso el pecoso jaguar puede recordar esas instrucciones. Es una lástima que no puedas nadar, espinoso y tozudo.

–¡No me digas! –exclamó el espinoso y tozudo–. Sólo piensa mas bien cuán maravilloso sería si pudieras enrollarte. ¡Esto es un lío terrible! Escucha al pecoso jaguar.

El pecoso jaguar estaba sentado en las riberas del turbio Amazonas, chupando las púas de su garra y diciéndose a sí mismo.

No puede enrollarse pero puede nadar
¡Y es sólida y parsimoniosa!

Puede enrollarse pero no nadar,
¡Y es una bola espinosa!

Eso no lo olvidará nunca –afirmó el espinoso y tozudo– Sosténme la barbilla, sólida y parsimoniosa. Voy a aprender a nadar. Puede resultar útil.

–Te convertirás en un estupendo nadador –afirmó la sólida y parsimoniosa–. Ahora, veamos si

puedes desarticular un poco mis placas posteriores, veré qué puedo hacer respecto a enrollarme. Puede ser útil.

El espinoso y tozudo ayudó a desarticular las placas posteriores de la tortuga, de modo que, retorciéndose y estirándose, la sólida y parsimoniosa logró enrollarse un poquitín.

—¡Excelente! —dijo el espinoso y tozudo—; pero yo no haría nada más por ahora. Tu cara se está poniendo negra. Por favor llévame de nuevo al agua, y practicaré aquella brazada lateral que tú dices que es tan fácil.

Así, el espinoso y tozudo practicaba, y la sólida y parsimoniosa nadaba a su lado.

—¡Excelente! —exclamó la sólida y parsimoniosa tortuga—. Un poquito más de práctica hará de ti una verdadera ballena. Ahora, si no es mucha molestia,



desarticúlame las placas posteriores y anteriores unas dos tallas más; ensayaré esa fascinante flexión que tú dices que es tan fácil. ¡Sorprenderá indudablemente al pecososo jaguar!

—¡Excelente! —dijo el espinoso y tozudo, húmedo aún a causa de las turbias aguas del Amazonas—. Confieso que no te distinguiría de uno de mi propia familia. ¿Dos tallas me dices? Un poco más de expresión, por favor, y no gruñas tanto, o el pecososo jaguar nos escuchará. Cuando termines, quiero probar aquella larga zambullida que tu dices que es tan fácil. ¡Sorprenderá indudablemente al pecososo jaguar!

Así, el espinoso y tozudo buceaba, y la sólida y parsimoniosa buceaba a su lado.

—¡Excelente! —dijo la sólida y parsimoniosa—. Un poco más de atención al retener la respiración y podrás tener una casa en el lecho del turbio Amazonas. Ahora yo intentaré aquel ejercicio de envolver mis patas traseras alrededor de mis orejas, el que dices es peculiarmente confortable, ¡Sorprendera indudablemente al pecososo jaguar!

—¡Excelente! dijo el espinoso y tozudo—. Pero tus placas posteriores están un poco forzadas. Se superponen en lugar de estar una al lado de la otra.



Ese es el resultado del ejercicio –dijo la sólida y parsimoniosa–. He notado que tus púas parecen estar fundiéndose en una sola, y te estás comenzando a parecer cada vez más a la piña de un pino, y menos a una erizada castaña, como solías ser.

Debe ser producto de mis remojadas en el agua –dijo el espinoso y tozudo–. ¡Sorprenderá indudablemente al pecoso jaguar!

Continuaron con sus ejercicios, ayudándose mutuamente hasta el amanecer; y cuando el sol ya estaba en alto, descansaron y se secaron. Entonces se dieron cuenta de que ambos lucían muy diferente a como habían sido.

–Espinoso y tozudo –dijo la tortuga después del desayuno–, ya no soy lo que era ayer, pero creo que aun así divertiré al pecoso jaguar.

–Eso es exactamente lo que yo estaba pensando

en este justo instante –declaró el espinoso tozudo–. Creo que las escamas son un estupendo progreso sobre las púas, para no decir nada en cuanto a ser capaz de nadar. ¡Sorprenderá indudablemente al pecoso jaguar! Vamos a buscarlo.

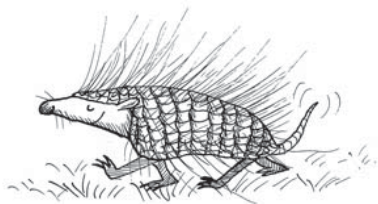
Pronto encontraron al pecoso jaguar, que todavía lamía la pequeña garra almohadillada que se había lastimado la noche anterior. Su estupor fue tal, que se cayó de espaldas tres veces seguidas sobre su pecosa cola.

–¡Buenos días! –le dijo el espinoso y tozudo–. ¿Y cómo se encuentra tu querida y graciosa mamita esta mañana?

–Bastante bien, gracias –respondió el pecoso jaguar–; pero perdóname si no recuerdo tu nombre en este precioso momento.

–Eso no es muy cortés de tu parte –dijo el espinoso y tozudo–, si se tiene en cuenta que ayer a esta





hora trataste de sacarme a cucharadas de mi caparazón, con tu garra.

—Pero tú no tenías caparazón. Eras todo púas — comentó el pecoso jaguar. Sé que así era. ¡Solo mira mi garra!

—Tú dijiste que me dejara caer dentro del turbio Amazonas para que me ahogara —dijo la sólida y parsimoniosa—. ¿Por qué eres hoy tan rudo y tan olvidadizo?

—¿No recuerdas lo que tu madre te dijo? —agregó el espinoso y tozudo:

No puede enrollarse pero puede nadar

¡El espinoso y tozudo puercoespín es!

Puede enrollarse pero no nadar

¡La sólida y parsimoniosa tortuga es!

Luego ellos se enrollaron al mismo tiempo y rodaron alrededor del pecoso jaguar, hasta que sus ojos giraron como ruedas de carreta en su cabeza.

Decide entonces buscar a su madre.

—Madre —le dijo—, hay dos nuevos animales en el bosque hoy, y aquel que tú decías que no podía nadar, nada, y el que tú decías que no podía enrollarse, se enrolla; y se han repartido por partes iguales las púas, yo creo, porque ambos son escamosos por todas partes, en vez de ser un liso y el otro muy espinoso; y además de eso ruedan y ruedan alrededor en círculos, y yo no me siento cómodo.

—¡Hijo, hijo! —dijo su madre, meneando graciosa-mente la cola—. Un puercoespín es un puercoespín; y una tortuga es una tortuga y nunca podrá ser algo más.

—Pero no es un puercoespín, y no es una tortuga, Es un poquito de ambos, y no sé cuál es su nombre adecuado.

—Tonterías —dijo mamá jaguar—. Todo tiene su nombre propio. Lo llamaremos “armadillo” hasta que encuentre el verdadero nombre. Y dejemos ya esto.

Así que el pecoso jaguar hizo como se le había dicho, especialmente aquello de dejarlos en paz, pero lo curioso es que desde entonces hasta hoy, querido niño, nadie en las riberas del turbio Amazonas ha llamado al espinoso y tozudo ni a la sólida y parsimoniosa con otro nombre diferente al de armadillo. Hay puercoespines y

tortugas en otros lugares, por supuesto (tengo algunos en mi jardín); pero las antiguas, las que eran ingeniosas, las que tenían placas traslapadas y superpuestas una sobre otra como las escamas de la piña de un pino, las que viven en las riberas del turbio Amazonas desde aquellos remotos y lejanos tiempos, son llamados siempre armadillos, porque son muy listos.

Y todo eso está muy bien, querido niño. ¿Lo puedes ver?

¿Te das cuenta?

*Nunca he navegado al Amazonas,
Y nunca he llegado hasta Brasil;
Pero el Don y Magdalena,
¡Cuando deseen pueden ir!
Una vez a la semana desde Southampton,
Ruedan hasta Río los barcos grandes,
Van rodando hasta Río
(¡Ruedan, ruedan hasta Río!)
Y yo quisiera rodar hasta Río
¡Algún día antes de hacerme viejo!
Nunca he visto un jaguar,
Ni siquiera un armadillo
Metido entre su coraza,
Y supongo que nunca lo veré,*

*A menos que vaya a Río
A contemplar esas maravillas
Rodando –rodando hasta Río
(¡De veras rodar hasta Río!)
Me encantaría rodar hasta Río
¡Algún día antes de hacerme viejo!*

CUENTOS DE ANIMALES
FUE EDITADO POR EL
INSTITUTO DISTRITAL
DE CULTURA Y
TURISMO PARA SU
BIBLIOTECA



libro al viento

BAJO EL NÚMERO SEIS
Y SE IMPRIMIÓ EL MES
DE OCTUBRE DEL AÑO
2004 EN BOGOTÁ